



VOL: AÑO 3, NUMERO 6  
FECHA: PRIMAVERA 1988  
TEMA: LA OTRA CARA DEL PODER  
TITULO: **Historia de la idea del progreso** [\*]  
AUTOR: *Juan Manuel Ortega*  
SECCION: Reseñas

## TEXTO

Actualmente dentro de los círculos intelectuales de México y el mundo, es común discutir sobre los cambios que está experimentando el siglo XX, y que algunos consideran marcarán el fin de la Edad Moderna y el principio de una nueva era. Se piensa que es el ocaso de una historia de la "salvación" y el principio de una historia del "eterno retorno", de la permanencia, de la "postmodernidad".

Empero para poder pensar en la postmodernidad, tenemos que aceptar que están en crisis aquellas ideas supuestas "hijas de la modernidad", sobre todo la "idea rectora" del occidente moderno: el progreso. Hoy, el progreso sólo recibe críticas.

Pero para poder empezar a hablar sobre postmodernidad y criticar al progreso, convendría entonces analizar un poco más a fondo la historia de la idea del progreso, su influencia en la acción y en el pensamiento occidental, así como explorar si esta idea nació con la modernidad.

El libro de Robert Nisbet *Historia de la idea de progreso*, permite introducir al lector a las discusiones sobre la postmodernidad. No obstante tener ya varios años de haber sido publicado en español, este libro carece del público lector que debiera merecer, debido a su calidad e innovación dentro del ámbito de la historia de las ideas.

Nisbet hace un excelente y detallado examen del desarrollo de la idea de progreso en occidente y considera que, por más extendida que se encontrara en la Grecia y Roma antiguas la idea de ciclos en el tiempo, existía una concepción lineal del tiempo que se proyectaba hacia el futuro. Los filósofos griegos como Jenófanes y Protágoras introdujeron la idea del crecimiento natural del conocimiento y como consecuencia: el desarrollo de la humanidad. Los antiguos griegos y romanos tenían una clara noción del pasado y las etapas por las cuales había transitado el hombre. el mito de Prometeo, contado por Hesíodo y retomado en los escritos de Esquilo, Protágoras y Platón, entre otros, da fe de la concepción de progreso que tenían los griegos. Si bien consideraban que en un principio habían sido ayudados por los dioses, afirmaban que los conocimientos habían sido adquiridos por el propio talento de los hombres a lo largo del tiempo.

Durante la Edad Media, afirma Nisbet, el pensamiento religioso cristiano conoció su mayor esplendor y con él se desarrolló la filosofía cristiana de la historia. A pesar del hincapié que haría el cristianismo sobre la felicidad espiritual que gozaría la humanidad después de la muerte, esto no impidió que existiera una concepción cristiana sobre el tiempo y el desarrollo del hombre en la vida terrenal.

Nisbet considera que la filosofía cristiana de la historia tiene dos influencias sociales. La primera, judía, en donde se entiende la historia como un proceso necesario bajo la guía o intervención de Dios. También hereda del judaísmo y el milenario hebreo, la creencia en una Edad de Oro, llegada de un futuro promisorio. La segunda fuente de gran influencia fue el pensamiento griego, de él se adoptaron ideas como la acumulación del conocimiento a través del tiempo y del consecuente desarrollo natural de la humanidad. De esta unión de ideas surgió la noción de la necesidad histórica. El pensamiento cristiano entendería el progreso como la consecución de virtudes morales o espirituales de los hombres para liberarse de los tormentos que le afligen la naturaleza y la sociedad.

Según Nisbet, ahí aparecen ya los elementos esenciales de la idea de progreso: concepción del tiempo como un fluir unilateral; avance gradual y acumulativo de la humanidad, tanto material como espiritual; aparición del concepto de humanidad y aceptación de la inevitabilidad de un final o de futuros determinados, así como la idea del conflicto y del cambio.

Nisbet considera que el Renacimiento a diferencia de lo que muchos piensan, representó un obstáculo para el desarrollo de la idea de progreso. La mayoría de los pensadores renacentistas veían la historia como una vasta multiplicidad de accidentes, de altibajos cíclicos, efecto de la presencia en el hombre del bien y del mal, entre algunos pensadores representantes de esa época están Maquiavelo, Erasmo y Bacon.

El Puritanismo del siglo XVII, de acuerdo a Nisbet, ejerció un papel importantísimo en la constitución de la idea moderna de progreso, ya que por primera vez en la historia del pensamiento occidental vinculó el concepto del avance material con la felicidad espiritual que gozaría la humanidad antes del juicio final. El Puritanismo retomó las concepciones milenaristas judías, entendiendo la llegada del milenio como un momento que aparecería a través del cambio. Así, sólo a través del trabajo y el progreso en el campo de las ciencias y las artes se podría acelerar la llegada del milenio en la tierra.

Paralelo al despliegue de una fe religiosa desarrolló una apasionada fe por el progreso en las artes y en las ciencias. El progreso se convertiría en la ley inevitable de la historia y los hombres ponían toda su confianza en él. Dios se transformó en un proceso: en el proceso del progreso.

A partir de la fuerza obtenida por la fe en el progreso y la ciencia, la fe en la divina providencia empezó a quedar al margen. El hombre asumió su rumbo, el futuro dependía ahora de él mismo y creía en su propia perfectabilidad. El imperio de Dios es despojado del tiempo y éste pasa a ser parte del mundo del hombre.

La total secularización de la idea de progreso se obtuvo a partir de mediados del siglo XVIII. Una gran cantidad de intelectuales del siglo de las luces creían ya en el progreso: Turgot, Condorcet, Jefferson, Godwin, Malthus, Adam Smith y otros.

El siglo XIX fue el mundo de la ciencia, la evolución y el progreso. Las ideas de democracia, libertad e igualdad se interpretaron a través del cristal del progreso. Las ciencias sociales se fundaron en la fe por el progreso. Los científicos sociales hablaron del hombre y su historia, Marx, Darwin, Comte, Spencer, Durkheim, Hegel y muchos otros escribieron sobre el hombre, su pasado, su presente y su futuro. Durante los siglos XVIII, XIX y aún en el XX, existió una estrecha relación entre la fe en el progreso y la fe por el crecimiento económico.

Nisbet nos dice que el siglo XX ha sido testigo de grandes guerras, de tragedias perpetradas en nombre del progreso material y humano, y la sobrevivencia misma de la

especie humana se encuentra amenazada. Por todo esto el hombre se aleja cada día más de aquella idea que ha vivido en occidente cerca ya de 25 siglos. No obstante considera que no es difícil que desaparezca de golpe una idea cuya esencia misma es de carácter redentor y milenarista, una idea en la que se ha creído tanto tiempo, que ha impulsado movimientos tanto religiosos como seculares, La idea de progreso es un problema de fe, ya que siempre ha estado estrechamente vinculada con el pensamiento religioso y las teorías intelectuales derivadas de él.

Finalmente Nisbet considera que para recuperar las condiciones vitales de esta idea moribunda, es necesario que aparezca en occidente una cultura que contenga un "profundo y amplio sentido de lo sagrado".

Recuperando el argumento de Nisbet, es evidente que la idea de progreso no es un producto de la modernidad, sino que tiene una historia de 25 siglos en la cultura occidental. La postmodernidad parece atribuir a la modernidad la idea de progreso, lo que explica porque ésta ha sido uno de sus principales blancos. ¿Es pertinente, a partir de la crítica al progreso, hablar de postmodernidad?

CITAS:

[\*] Nisbet, Robert. Barcelona, Gedisa, 1981.